

LA SITUACIÓN ACTUAL EN MEDIO ORIENTE

*Comunicación del embajador Atilio Molteni,
en la sesión privada del Instituto de Política Internacional,
el 7 de agosto de 2014*

LA SITUACIÓN ACTUAL EN MEDIO ORIENTE

Por el Emb. ATILIO MOLTENI

¿Qué es Medio Oriente?

Las distintas regiones geográficas del mundo se clasifican según sus características físicas y sociales. En base a este criterio, algunos geógrafos destacados ponen en duda la idea de que Medio Oriente pueda considerarse una de ellas¹, aunque señalan que se diferencia de las demás porque conecta tres continentes: Europa, África y Asia. Esta denominación, no existía hasta fines del siglo XIX y, lo que se entiende hoy por Medio Oriente abarca un ámbito geopolítico convencional sin fronteras geográficas precisas, cuyos rasgos comunes son escasos y variados, donde reina un clima árido con altas temperaturas, con variaciones, como ocurre en la Mesopotamia y el valle del Nilo, cuyos ríos permiten la irri-

¹ Bernard Saul Cohen, *Geography and Politics in a World divided*, (New York: Random House, 1973), p. 254.

gación y la navegación. Circundado por los mares Mediterráneo, Negro, Rojo, y Árabe (y el Golfo Pérsico), comprende también al Mar Caspio y su Cuenca. Algunas de sus zonas como Anatolia, el Cáucaso, el Levante, la Península Árabe, y la Mesopotamia demuestran marcadas disimilitudes entre sí, razón por la cual la historia y el desarrollo cultural de sus pueblos han evolucionado de manera diferente.

En este ámbito, escenario de contactos y enfrentamientos constantes, se fueron desarrollando a través de los años una gran diversidad de civilizaciones y surgieron tres grandes religiones monoteístas: el judaísmo, el cristianismo y el islamismo. Se considera parte del “mundo árabe” y musulmán – árabes son la mayoría de los Estados que la componen–, a excepción de Israel, Turquía e Irán. Por otro lado, no todos los Estados de los veintidós que constituyen la Liga Árabe se encuentran comprendidos en el Medio Oriente, mientras los países del Norte de África como es el caso de Libia, Túnez, Argelia, Marruecos, Mauritania, Sudán y Somalia, comparten muchas de sus características, como ser árabes y musulmanes y tienen una historia común, por lo cual generalmente se hace referencia a ellos en forma conjunta.

El término “árabe” se aplicaba a los habitantes de la Península Árabe. Luego se extendió a los territorios que conquistaron en los siglos VII y VIII. Hoy se consideran árabes, a todos aquellos que hablan esta lengua y que comparten una herencia histórica aglutinada bajo el concepto de “mundo árabe”, que es cultural y no político, e incluye distintas razas y etnias. Sin embargo, hay que tomar en cuenta las diferencias que existen entre ellas y también las minorías que habitan los países árabes, por ejemplo, los cristianos, kurdos y bereberes. La estructura etnolingüística del Medio Oriente es muy compleja, se hablan varias lenguas e idiomas además del árabe, disímiles entre sí como el turco, el hebreo y el persa o farsi, sólo para mencionar a tres entre ellas. Como consecuencia de lo anterior, no es posible determinar el ámbito

exacto del Medio Oriente a través de su lengua o desde el punto de vista religioso².

Una de las características del Medio Oriente, consiste en que, con excepción de Israel, es parte del mundo musulmán. Los musulmanes son aproximadamente 1.600 millones radicados en todos los continentes, (87-90 % sunnitas y 10-13 % chiitas) y representan el 23 % de la población mundial, estimada en el año 2009 en 6.800 millones de individuos³. Su religión, el Islam, es una de las grandes religiones monoteístas fundada por Mahoma (570-632), hoy la de mayor expansión, aunque los países musulmanes más poblados, no están en el Medio Oriente sino en el Sudeste Asiático, en Asia y en África (entre ellos: Indonesia, Pakistán, India, Bangladesh y Nigeria). En Medio Oriente y en el Norte del África viven más de 350 millones de musulmanes, y es allí donde se hallan sus centros más importantes de culto y desarrollado sus características distintivas, así como sus instituciones y las bases fundamentales de su pensamiento. Cincuenta y siete de los países musulmanes están aglutinados en la Organización de la Conferencia Islámica, fundada en al año 1969.

Si consideramos que la expresión “Medio Oriente”, con sus componentes árabes y musulmanes que constituyen su esencia, no llega a indicar una individualidad geográfica coherente, cabe preguntarse el porqué de esta denominación. Podríamos aventurarnos a decir que el término ha surgido desde una perspectiva europea en el momento de la retirada otomana, que ilustró la necesidad de destacar su posición geográfica y la interacción de las fuerzas políticas y económicas de la región. Hasta fines del siglo XIX, los europeos denominaban Cercano Oriente o solamente Oriente, a los Balcanes, a la Anatolia y al Levante –“lugar desde donde sale el sol”– así como a Egipto y la Mesopotamia, mientras que China, Indochina

² Carl Brown, *International Politics and the Middle East*, (U.S.A: Princeton University Press, 1984), p. 9.

³ The Pew Forum, *Mapping the Global Muslim Population*, (Pew Research Center, October 2009).

y Japón, entre otros territorios, formaba el Lejano Oriente. El concepto de Medio Oriente, que reflejaba una comprensión de toda el área como un ámbito geoestratégico, se expandió durante la Primera Guerra Mundial y desde el año 1917 fue utilizado por el Gabinete de Guerra británico para facilitar el análisis de las operaciones militares y los problemas de la región, comprendiendo los territorios bajo dominio otomano que abarcaban lo que es hoy Turquía, Siria, Líbano, Israel, Jordania, Egipto e Irak, junto con la Península Arábiga. Afganistán y Persia se relacionaron también con este ámbito porque eran centrales para la defensa de la India, que era la colonia británica de mayor importancia.

Otro factor en las relaciones internacionales con Medio Oriente se debió a la importancia que adquirió el petróleo, que comenzó a ser utilizado a partir de 1914 en gran escala y suplantó al carbón en los nuevos buques de la Armada Británica, entre otras razones, por insistencia de Winston Churchill, entonces Primer Lord del Almirantazgo basándose en que, entre otras ventajas, el petróleo aumentaba la velocidad de los acorazados, factor clave en la competencia naval con Alemania⁴. El desarrollo tecnológico que significó el petróleo, llevó a Gran Bretaña a asegurarse de inmediato el suministro del combustible, a través del control accionario de la compañía “Anglo Persian Oil Company”, que ya tenía concesiones de explotación –también a sugerencia de Churchill– quien defendió personalmente esta iniciativa en el Parlamento⁵.

Los términos Cercano y Medio Oriente siguieron aplicándose, pero la expansión de las operaciones militares en esa zona durante la Segunda Guerra Mundial dio lugar a que este último fuera el más utilizado⁶. Posteriormente, durante la Guerra Fría, esta zona, que hasta entonces era fundamentalmente de interés político y estratégico para el Imperio Británico, pasó a ser prioridad de los

⁴ Robert K. Massie, *Dreadnought*, New York: Ballantine Books, 1991, p.784.

⁵ Daniel Yergin, *The Prize*, New York: Touchstone, 1992, p. 161.

⁶ Roderick H. Davison, “Where is the Middle East?” *Foreign Affairs*, (38:4 1960), p.665.

Estados Unidos y de la URSS, que compitieron por su predominio y determinaron su alcance y sus características geopolíticas. Más tarde, durante el llamado período unipolar, Washington siguió presionando sobre Medio Oriente con su poder naval y militar, como medio efectivo para afianzar su hegemonía internacional⁷.

Resumiendo, podríamos decir que Medio Oriente sin ser una región geográfica propiamente dicha, ni significar el Medio del Oriente, es el término con que se denominó a un amplio ámbito de interés geopolítico, en primer lugar por su ubicación estratégicamente central con relación a tres continentes, por la gravitación de sus grandes civilizaciones: árabe, turca y persa, por la importancia de los países que la componen (alrededor de una veintena) y por ser una importante vía de comunicación internacional al relacionar el Mar Mediterráneo, considerado el centro del mundo por centenares de años, con el Mar Negro y el Mar Rojo y con otras rutas marítimas y terrestres hacia y desde Asia. En segundo lugar, por sus recursos energéticos y por otras capacidades económicas y humanas. Así, su unidad es funcional y estuvo muy relacionada con la historia de Occidente en los últimos dos siglos, ya que gran parte de sus territorios fueron dominados por potencias europeas que suplantaron al Imperio Otomano, así como por un importante enfrentamiento político entre los Estados Unidos y la URSS, durante la Guerra Fría.

En cuanto a su ámbito político, tampoco está definido con exactitud, ya que no existe un acuerdo respecto a los países que deberían incluirse en el Medio Oriente. Algunos autores han considerado apropiado considerar, únicamente a aquellos que han formado parte del Imperio Otomano⁸, pero esta propuesta tiene el inconveniente de no reflejar adecuadamente la problemática actual. Por otro lado, si el Medio Oriente comprende únicamente a los Estados

⁷ Walter Russell Mead, *God and Gold: Britain, America and the Making of the Modern World*, New York: Alfred A. Knopf, 2007, p. 360.

⁸ Carl Brown, *op. cit.* p.10.

árabes, aquellos que tienen otras culturas e idiomas como Israel, Turquía e Irán quedarían excluidos. Tampoco comprende a los países de Eurasia, los cinco países musulmanes de Asia Central, que al dejar de ser parte de la URSS y renovar sus vinculaciones históricas con Turquía e Irán, por sus características como productores de petróleo y gas y por los problemas que enfrentan, pueden considerarse en muchos sentidos como una extensión de Medio Oriente (Kazajistán, Kirguizistán, Tayikistán, Turkmenistán y Uzbekistán). La vieja rivalidad entre el Imperio zarista y el británico de un siglo atrás, fue reemplazada por un nuevo juego de poder entre Estados Unidos, Rusia y China, consecuencia de la existencia de nuevos actores en un ámbito multipolar.

Además, este término tiene la ventaja de constituir una opción flexible y pragmática, ya que al referirnos a la situación en Medio Oriente, abarcamos a países en los cuales los enfrentamientos políticos internos e internacionales juegan un papel central, por ejemplo: el conflicto Palestino-Israelí, la situación del Líbano, las guerras civiles en Siria e Irak, la amenaza de Al-Qaeda y otras organizaciones fundamentalistas como los jihadistas del EI, el atraso de su democratización, el retiro de Estados Unidos de Irak y Afganistán y la continuación de las luchas internas con consecuencias regionales, los desarrollos nucleares de Irán y la seguridad del Golfo Pérsico, a lo que se agrega la preocupación de varios países árabes sunnitas con relación a este país. Dichos hechos implican tener en cuenta a los países mencionados, pero también a Turquía, Jordania y Egipto y los que forman parte de la Península Arábiga: Bahrein, Kuwait, Omán, Qatar, Arabia Saudita, los Emiratos Árabes Unidos y Yemen.

Dada la importancia del conflicto de los movimientos islámicos fundamentalistas y la preocupación que éstos generan hoy en día en la comunidad internacional, es apropiado hacer referencia también a Afganistán y Pakistán dentro del concepto de un Gran Medio Oriente, que fue desarrollado en el año 2004 du-

rante la Administración Bush, como parte de sus propuestas de cambios políticos en los países musulmanes. Además, como ya se ha señalado, las condiciones políticas, económicas, religiosas, culturales o étnicas de los países que la componen presentan diferencias considerables. Por ejemplo, la densidad de su población varía marcadamente de uno a otro y los más poblados son Turquía, Egipto, Irak e Irán, tienen características distintas de los restantes. Tampoco son comparables desde el punto de vista de su renta per cápita, en donde se destacan Arabia Saudita y los países del Golfo.

El Medio Oriente ha sido en todo tiempo un puente entre Occidente y Oriente y escenario de sus influencias políticas y culturales recíprocas, pero también ha sido centro de desconfianzas, hostilidades, rivalidades y guerras entre potencias regionales o externas, originadas muchas veces por las ambiciones de conquista, desde Ciro el Grande y Alejandro el Magno hasta Napoleón y otros más, que no concluyeron al finalizar el colonialismo europeo en los años cincuenta, debido a que en ninguna otra región del mundo la penetración occidental ha sido tan persistente a través de los tiempos a consecuencia de la acción de un número cambiante de países que la han transformado en parte de su sistema de poder, mientras sus Estados han tratado de eludir la subordinación basándose en sus características políticas, religiosas y culturales⁹. Hoy en día la región se caracteriza por la relevancia de los países que la integran, acompañada en muchos casos por su fragilidad institucional, sumada al atraso en su democratización y la importancia del Islam político. Resumiendo, se podría afirmar que Medio Oriente es la región del petróleo, del conflicto y de la fe.

Un sector significativo de la doctrina entiende que las relaciones internacionales están basadas en la interacción de sus actores y, al respecto, destacan que los Estados de Medio Oriente son periféricos, subordinados dentro de una jerarquía global, depen-

⁹ Carl Brown, *op.cit.* p. 5.

dientes de las potencias centrales y muy débilmente relacionados entre sí¹⁰. Además en ningún otro lugar como en Medio Oriente es tan estrecha la relación entre la geografía y la historia y las posibilidades de conflictos internacionales son tan grandes. Esto lleva a los Estados con intereses en la zona a plantearse continuamente nuevos imperativos geoestratégicos. Esto se debe a que se ha vuelto a poner de relieve el papel de la geografía en el proceso de determinar la orientación geográfica a la cual los Estados destinan la proyección de su poder militar o de su acción diplomática¹¹. Para ello, se toman en cuenta las variables geográficas como la localización, la dimensión del territorio, la extensión del mismo, su clima, topografía, demografía, sus recursos naturales, los desarrollos tecnológicos y su potencial como integrante de la comunidad internacional.

Luego de la Segunda Guerra Mundial, la relación entre la geografía y la política se dejó de tener en cuenta debido a la utilización ideológica que habían hecho de ella teóricos nazis a fin de justificar el concepto de espacio vital, pero Robert D. Kaplan afirma que en la política internacional ha vuelto a primar el realismo o “política de poder”, por lo que se ha producido lo que él denomina “la revancha de la geografía” y subraya que, para entender los conflictos futuros hay que considerar que existen áreas más susceptibles de sufrirlas que otras, y sostiene que el concepto ampliado del Medio Oriente –entre el mundo mediterráneo y el subcontinente indio– es el que registra los mayores cambios primarios de poder en la política global actual, relacionados con la competencia por la energía, por el conflicto de los países árabes con Israel, por las debilidades intrínsecas de los Estados de la región, así como por la parálisis de sus políticas internas, todo co-

¹⁰ Raimond Hinnebusch y Anoushivaran Ehteshami, *The Foreign Policies of Middle East States*, U.S.A.: Svyne Rienner, 2002, p.3

¹¹ Jakub Grygiel, *Great Powers and Geopolitical Change*, Maryland: John Hopkins University Press, 2006, p. 22.

nectado entre sí se potencia recíprocamente¹². Además, este autor destaca que el siglo XXI se va a caracterizar por el papel central en los acontecimientos mundiales de la vinculación de la Península Arábiga, la meseta iraní y el Subcontinente indio con el Océano Índico, debido al avance inexorable de la India y China sobre ese espacio¹³.

La compleja seguridad en el Medio Oriente se caracteriza por ser cada vez más disímil y fluida, donde los problemas de paz y seguridad son vistos desde diferentes perspectivas, donde existen actores estaduales con una nueva vigencia, como es el caso de Turquía e Irán, y otros no estaduales, como Hezbollah y Hamás. También se aprecian diferentes fisuras y enfrentamientos, como la que tienen Israel y los países árabes (con algunas excepciones), las de Irán con Israel, la de los sunníes y chiitas entre sí –donde unos u otros pueden ser minorías según el país de que se trate–, las luchas entre los fundamentalistas islámicos (que han tomado un mayor vigor con el EI en Siria e Irak, países que enfrentan un proceso de balcanización) y los moderados, los desafíos étnicos y, por último, la existencia de países que comparten intereses políticos comunes con Occidente, y aquellos que no. Se puede afirmar que el Medio Oriente se convirtió en uno de los principales problemas para el orden mundial, debido a los temas que se mencionan a continuación.

La intervención estadounidense en Medio Oriente

Medio Oriente ha tenido importantes períodos de inestabilidad, acentuados al finalizar la II Guerra Mundial y cuando concluyó la presencia de las potencias coloniales, se consolidó el proceso

¹² Robert Kaplan, “The Revenge of Geography”, *Foreign Policy*, (May/June 2009), <http://www.foreignpolicy.com/story/cms.php?story_id=4862&print=1>

¹³ Robert Kaplan, *Monsoon*, New York: Random House, 2010, p. x.

de descolonización y se estableció el Estado de Israel. Los períodos de conflicto militar más destacables entre árabes e israelíes tuvieron lugar durante los años 1948, 1967, 1973 y 1982, en el marco de la Guerra Fría. Luego, la Revolución Islámica de 1979 en Irán creó una nueva realidad que, entre otras consecuencias, originó la Guerra entre Irak e Irán (1980-1988) y trató de expandir su fundamentalismo a otros países del Medio Oriente.

Durante la Guerra Fría la mayor preocupación estratégica eran las áreas de una posible confrontación occidental con la URSS: el territorio de las dos Alemanias, Europa Central, los Balcanes y Asia, pero actualmente es el Medio Oriente que atrae prioritariamente la atención geopolítica y militar, en un proceso que comenzó con la invasión de Kuwait por Irak y dio origen a la Primera Guerra del Golfo, coincidiendo con la desintegración de la URSS y el debilitamiento de su influencia en la región. Más tarde se consolidó con el surgimiento de organizaciones transnacionales que persiguen agendas globales fundamentalistas en nombre del Islam, provocando una gran inestabilidad y violencia y son una permanente amenaza para los Estados debido a sus acciones terroristas.

El ataque del 11 de septiembre de 2001 contra los Estados Unidos, planteó para algunos el interrogante de saber si comenzaba una nueva guerra de civilizaciones, sobre todo porque Osama Bin Laden fundador de Al-Qaeda –en árabe “la base”– afirmó que esta “guerra” era en nombre del Islam, y significaba la resistencia musulmana contra la dominación del pensamiento occidental que, entre otros documentos, desarrolló en la “Declaración de Guerra contra los norteamericanos que ocupan la tierra de los dos Lugares Santos”¹⁴. Esta organización demostró luego su fortaleza a través de movimientos subsidiarios en países como Siria, Irak y Yemen que han mantenido su poder e influencia no obstante la muerte de

¹⁴ Roxanne L. Euben y Muhammad Qasim Zaman, *Princeton Readings in Islamic Thought*, U.S.A.: Princeton University Press, 2009, p. 436.

su fundador. Se le opuso la “Guerra contra el Terror”, del expresidente George W. Bush y de los ideólogos de su Administración, confundiendo un instrumento como el terrorismo con el radicalismo islámico, su enemigo real, lo cual tuvo como resultado la intervención de los militares estadounidenses en Medio Oriente.

En primer término, los Estados Unidos intervinieron en Afganistán y con el apoyo de la denominada “Alianza del Norte” afgana, derrotaron el Gobierno del Talibán en Kabul. El éxito inicial quedó atrás cuando en el año 2005 se enfrentó a una insurgencia violenta, que aprovechó las características tribales del país y su escaso compromiso con las instituciones del Estado. A fin de proteger a la población y organizar a las fuerzas de seguridad afganas, Estados Unidos desplegó un número mayor de tropas, pero esta acción no tuvo el mismo éxito que una operación similar en Irak. Ahora solo van a permanecer diez mil efectivos durante el 2015 –después de trece años de combate, en el conflicto de más larga duración nunca conocido por los Estados Unidos–, junto a un remanente de los soldados que integran la denominada “Fuerza Internacional de Asistencia a la Seguridad” (ISAF), dependiente la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN). En un proceso de transición, la responsabilidad de la seguridad va a corresponder al nuevo presidente afgano Ashraf Ghani, a pesar el resurgimiento y las acciones del Talibán, y de los numerosos interrogantes acerca del futuro de este país.

La invasión de Kuwait por Irak, fue un acto de agresión que amenazó la estabilidad de Medio Oriente, dio lugar a la Primera Guerra del Golfo en el año 1991, con la participación de más de cuarenta países y un mandato de las Naciones Unidas, concluyendo con la retirada iraquí. En cambio, la Segunda Guerra del Golfo fue una opción militar estadounidense no aprobada por la ONU, promocionada por un grupo de neoconservadores que lograron esta decisión debido al trauma del ataque del 11 de septiembre de 2001, y la insistencia de la Administración Bush, de que Saddam

Hussein disponía de un arsenal de armas de destrucción masiva y tenía contactos con el terrorismo islámico, lo cual nunca pudo demostrarse. En muchos sentidos dicha acción tuvo un gran componente ideológico, y también obedeció a los intereses energéticos norteamericanos y a una estrategia destinada a confirmar su estatus como primera potencia mundial.

Posteriormente, tras lograr la caída del régimen iraquí mediante una rápida y eficaz acción, basada en lo que se denominó “la revolución en los asuntos militares” que consistió en utilizar tácticas y tecnologías superiores, Estados Unidos cometió el error de no generar un proceso eficaz de reconstrucción del país y comprometer un número suficiente de tropas para asegurar la paz interior, por lo cual el conflicto iraquí se convirtió a fines del año 2006 en un desastre para Washington e internamente se aproximó a una guerra civil, hasta que las minorías sunnitas (que protagonizaron el denominado “Despertar de Anwar”) se opusieron a los integrantes de Al-Qaeda, que habían ingresado a Irak en masa. Este proceso se facilitó por el incremento de las tropas de la denominada Fuerza Multinacional-Irak, consecuencia de una decisión adoptada en enero de 2007 por el expresidente Bush –después de un largo debate interno–, que logró disminuir el nivel de violencia y sentó las bases para el retiro militar norteamericano. El resultado final de la intervención norteamericana fue que 4.488 de sus soldados murieron, además de más de 30.000 heridos y un gasto superior a un trillón de dólares.

El presidente Obama –que nunca fue partidario de esta acción en Irak–, finalizó en diciembre de 2011 esta misión de combate que duró siete años. La intervención en Irak ha tenido consecuencias significativas aún vigentes, pues modificó las características políticas y sociales del país y su capacidad estratégica. Se debilitó al Gobierno central, y los chiitas que componen el 60 % de la población –antes dominada por la minoría sunnita desde la formación del país–, se convirtieron en los actores principales de

la actividad política en perjuicio de los sunnitas. Algunos de ellos reaccionaron mediante la organización de milicias y el terrorismo. Los chiitas respondieron de igual manera. A su vez, Irán es considerado el verdadero ganador de la invasión de Irak, al tener allí mayor poder e influencia.

Estados Unidos ha buscado comenzar un diálogo con Teherán, no solo para limitar sus ambiciones nucleares, sino también para llegar a un amplio arreglo que modifique sus pretensiones geopolíticas en la región. En agosto de 2002, habían trascendido las investigaciones secretas de Irán para el enriquecimiento de uranio –no informadas al Organismo Internacional de Energía Atómica (OIEA)–, desarrolladas mediante una extensa transferencia de tecnología del grupo paquistaní de A. Q. Khan, quien fue el científico que tuvo a su cargo el programa que permitió a su país poseer armas nucleares. Así se supo que en el año 2000, Teherán había iniciado la construcción en Natanz de una planta de enriquecimiento de uranio, –entró en funcionamiento en el año 2007–. Se conoció también la construcción de otras instalaciones de enriquecimiento, y una dedicada a la producción de agua pesada y un reactor de ese tipo en Arak, (susceptibles de producir plutonio, que también puede utilizarse en armas nucleares). Estos desarrollos no hubieran sido ilegales de acuerdo al artículo IV del Tratado de No Proliferación (TNP), que otorga el derecho inalienable a todos los Estados parte de desarrollar, investigar, producir y utilizar la energía nuclear con fines pacíficos. Sin embargo, tales derechos obligan a respetar los artículos I y II de dicho Tratado. Además, debieron haber sido informados el OIEA dentro de los plazos previstos por el Acuerdo Comprensivo de Salvaguardias suscrito entre esa Organización e Irán, lo que no sucedió.

Tales hechos motivaron la sospecha de que las ambiciones de Irán no estaban de acuerdo con sus obligaciones respecto al TNP, hecho que desencadenó una crisis aún no resuelta, basada en el convencimiento occidental de que trata de acumular tecnología

nuclear de uso dual –de gran relevancia, no sólo para la energía nuclear, sino también para la fabricación de armas nucleares– con el agravante de haberlo hecho en forma clandestina. Para Irán, la conversión de uranio, su enriquecimiento y la separación del plutonio, responderían a los propósitos semejantes de los países que buscan alcanzar relevancia gracias a su poderío nuclear, para protegerse de un Estado rival que haya proliferado, o para defenderse de un eventual ataque externo y, también, de ser inmune a las presiones internacionales. En su momento, Irán se sentía amenazado por Irak y ahora por los Estados Unidos e Israel.

Además de las sanciones decididas por el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas en el período 2006-2008, y de las aprobadas en junio de 2010, Estados Unidos propició, junto con la Unión Europea, la adopción de sanciones bilaterales más severas y efectivas. Mientras tanto siempre sigue latente la posibilidad de una acción militar, lo que sería catastrófico para la región y, posiblemente, no haría más que postergar por un tiempo la capacidad de Irán y la vigencia de este problema.

El pragmatismo demostrado por el presidente Obama para solucionar la crisis desatada por la utilización de armas químicas en Siria, a través de una acción diplomática que evitó una intervención militar, envió una señal a Irán de que también en su caso la decisión norteamericana de dialogar y negociar podía dar resultados positivos, por primera vez desde el cese hace 35 años de sus relaciones diplomáticas. Este desarrollo coincidió con el momento en que el presidente Hassan Rouhani de Irán buscó establecer relaciones constructivas con Occidente. Obama, afirmó ante el 67 Período de Sesiones de la Asamblea General de la O.N.U., que la solución de este problema sería un gran paso en un largo camino hacia una relación diferente entre los dos países, y que respetaba el derecho de los iraníes de acceder a la utilización de la energía nuclear con fines pacíficos. Por primera vez desde 1979, ambos presidentes se comunicaron entre sí el 27 de

septiembre de 2013 y convinieron en promover nuevas conversaciones sobre este tema.

El 24 de noviembre en Ginebra el P5+1 –los cinco miembros permanentes del Consejo de Seguridad, más Alemania– acordaron con Irán un Plan de Acción Conjunta que comenzó a aplicarse en enero de 2014, así como la realización de negociaciones por seis meses para un acuerdo final (que fueron prorrogadas hasta el 24 de noviembre de 2014), para tratar de lograr un acuerdo acerca de límites a la capacidad de enriquecimiento de uranio de Irán y el desmantelamiento de su infraestructura más preocupante. Al vencerse el plazo de noviembre se decidió prorrogarlas nuevamente, debido a que a pesar de los avances logrados existían grandes diferencias de criterio. Se va a tratar de alcanzar un acuerdo marco para marzo de 2015, y completar los planes y procedimientos para su implementación técnica a fines de junio de 2015.

La posición occidental es impedir que Irán desarrolle un arma nuclear, a través de un acuerdo que le permita conservar una capacidad limitada de enriquecimiento y procesamiento con fines civiles y otros condicionamientos, que incluyen la transformación de la planta de agua pesada de Arak y suministrar información comprensiva de las dimensiones militares de su programa, sujetos a una verificación muy estricta por el O.I.E.A., y que así asegure a su contraparte (el P5+1) que no pueda llevar adelante acciones de ocultamiento sin ser detectadas con anticipación suficiente. La contrapartida sería la modificación gradual de las sanciones existentes, que son la razón fundamental de Irán en dicha negociación.

No es posible predecir cuál va a ser el resultado de estas negociaciones. Los Estados Unidos y sus socios han hecho propuestas muy estructuradas que difícilmente pueden ampliadas. La variable debería provenir de Irán, pero ello depende del debate interno en este país donde existen sectores moderados pero también otros que defienden su trayectoria revolucionaria (como un sector de los clérigos y la Guardia Revolucionaria). Teniendo en cuenta

que es una autocracia, la decisión final está en manos de su Líder Supremo Khamenei, que tendría que modificar su posición de que una amplia capacidad nuclear es un componente indispensable de la estrategia de su país, aceptando que la diplomacia normalice la situación de Irán en este tema y en la seguridad regional, teniendo en cuenta que existe un proceso de desestabilización en el Medio Oriente y han surgido grupos extremistas violentos enemigos de Teherán. De no llegarse a un acuerdo puede peligrar el bienestar de sus habitantes y las posibilidades de desarrollo económico del régimen iraní, debido a la ampliación de las sanciones internacionales. Por otro lado, estas negociaciones son vistas con preocupación por Israel, Turquía, Arabia Saudita y por los demás países del Golfo, que interpretan que pueden lesionar la balanza de poder allí existente. Aunque el primer ministro Netanyahu recibió garantías de Obama indicando de que mientras duren las negociaciones todas las opciones permanecerán vigentes, incluyendo las militares, demuestra un gran escepticismo frente a los objetivos iraníes. Este tema va a liderar sus expresiones en la próxima campaña para las elecciones parlamentarias para el 17 de marzo de 2015 en Israel.

La Primavera Árabe y su evolución

Desde los años 70, los países del Medio Oriente se caracterizaron por la estabilidad de sus regímenes políticos, si tenemos en cuenta algunos rasgos comunes como sus constituciones, sistemas de gobierno o gobernantes. El Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) publica los informes titulados “Arab Human Development Reports”. En el correspondiente al año 2009, dedicado a los desafíos a la seguridad humana que enfrentan los veintidós países árabes, anticipó los acontecimientos que

comenzaron a desarrollarse desde comienzos de 2011, tratando de romper el estatus quo político. Allí se afirma que estos Estados favorecieron su seguridad y no la de su población, entendiendo por tal la posibilidad de evitar o limitar amenazas a sus vidas, a su bienestar o a la dignidad humana. Su consecuencia fue la debilidad de sus vínculos. A su juicio, los Gobiernos que privilegian la seguridad del Estado sin invertir en la seguridad humana difícilmente logran su objetivo. El resultado fue el déficit democrático de la región (solo tres o cuatro de ellos tienen ese carácter, y el resto son autocracias más o menos benevolentes). Este documento explica que los líderes árabes se apoyan, muchas veces, en una combinación de coerción, intimidación y cooptación, frente a una población joven, sin oportunidades e impotente ante esta actitud avasallante¹⁵.

Las democracias islámicas han funcionado positivamente en otros países musulmanes –como en Indonesia, por ejemplo–, pero no en el caso de varios Estados árabes, donde la estructura del Estado no cuenta con los prerequisites institucionales, como son un Parlamento eficaz, la protección de las minorías, la emancipación de las mujeres, la prensa libre, una justicia independiente, universidades autónomas y sindicatos independientes. A esto se agrega la ausencia de una economía liberal. Dentro de este cuadro general negativo, algunos de ellos han tenido algún éxito, sin extremar sus características democráticas como, por ejemplo, las monarquías de Marruecos y Jordania, mientras otras monarquías del Golfo (como Omán, Catar, los Emiratos Árabes Unidos y Arabia Saudita) ofrecen grandes oportunidades económicas, pero muy pocas oportunidades políticas.

A partir de enero de 2011, en el Medio Oriente y en el norte del África comenzaron a tener lugar levantamientos populares en contra de algunos de sus Gobiernos, –algunos más vio-

¹⁵ United Nations Development Program, *Arab Human Report 2009*, (Beirut: UN, 2009).

lentos que otros— que, con distinto carácter se extendieron desde Túnez a Egipto, para continuar su camino hacia Libia, Jordania, Yemen, Bahrein, Siria y a otros países de la región. Actualmente la “Primavera Árabe” está en crisis debido a la continuidad de la autocracia en diversos países y su renacimiento en otros, como es el caso egipcio, donde el presidente Mohamed Morsi fue derribado en julio de 2013, lo cual fue seguido por persecuciones contra los miembros de la Hermandad Musulmana (declarada como “organización terrorista”) y la disolución del Partido “Libertad y Justicia”, ligado a ella. La elección de Abdul-Fattah Al-Sisi a la Presidencia de Egipto, implicó el regreso al poder de un Gobierno con amplia influencia militar. Además, los enfrentamientos armados en la región revisten ahora una mayor gravedad, como se aprecia observando la anarquía que reina en Libia y en Yemen, y las guerras civiles en Siria e Irak. La excepción ha sido Túnez, donde un Gobierno de tecnócratas fue reemplazado democráticamente en las elecciones parlamentarias del mes de octubre de 2014, donde el partido secular Nidaa Tounes venció al partido islamista Ennahda, mientras que el 23 de noviembre tuvo lugar la primera vuelta de la elección presidencial para reemplazar al derrocado Zine El Abidine Ben Ali, con la participación de 22 candidatos. En la segunda vuelta a fines de diciembre de 2014, van a participar Beji Caid Esseby (quien obtuvo el 39 % de los votos) y el actual presidente interino Moncef Marzouki, (33 % de los votos).

Históricamente, alguno de los Estados que se organizaron en la región con la caída del Imperio Otomano fueron el resultado del Acuerdo Sykes-Picot de 1916, que los dividió en zonas de influencia inglesa y francesa, sin tener en cuenta las características étnicas y religiosas de los territorios involucrados. Concluido el período colonial, sus Gobiernos se tornaron en autoritarios, seculares, corruptos y fueron mal administrados, pero lograron mantener el control de sus territorios. Sin embargo, hoy en día el Medio Oriente es muy diferente del que existía antes de la “Primavera

Árabe”, pues es la región del mundo que demuestra el mayor desorden en sus sociedades y dos fenómenos coexistentes:

- I) Una tendencia hacia la balcanización, especialmente en los casos de Libia, Yemen, Siria e Irak, debido a que estos países se están fragmentando en líneas sectarias, promovidas por la acción disolvente de actores no estatales. Son países fracasados por razones internas y externas.
- II) Una nueva Guerra Fría regional, semejante a la que existió en los años sesenta entre los países árabes radicales, como Egipto y Siria frente a las monarquías conservadoras de Arabia Saudita y Jordania. Ahora hay una situación parecida protagonizada fundamentalmente por Arabia Saudita e Irán, países que representan respectivamente la antigua división religiosa entre las dos grandes ramas del Islam, la sunnita y la chiita, Los primeros son considerados “ortodoxos” y derivan su nombre del concepto de la “sunna” o tradiciones del Profeta. Son los más numerosos (87% o 90% de los musulmanes). Los chiitas son los “heterodoxos”, o leales a la familia del Profeta, partidarios de Alí, el primer Imán y origen de la legitimidad en la sucesión. Se consideran los auténticos creyentes y califican a los sunnitas simplemente como musulmanes. Este enfrentamiento no es militar sino político, y se desarrolla en los países en los cuales hay vacíos de poder, como Libia, Irak, Siria, Yemen y también en Bahreín, en el Golfo. El factor religioso de esta Guerra Fría, se complementa con elementos derivados de los conflictos internos, las afinidades internacionales y las ambiciones regionales de los Estados involucrados.

Siria, integró junto con el Líbano, los mandatos otorgados a Francia por la Sociedad de las Naciones. Fue la cuna del nacionalismo árabe y es teóricamente laico. Pero es un país que se caracteriza por la gran complejidad étnica y religiosa de sus 21

millones de habitantes, donde predominan los suníes (70%), y existen minorías chiitas y alauitas (13%), cristianas de distintas denominaciones (6%), drusas (3%) y kurdas (8%). Los Al-Assad pertenecen a una minoría alauí, –o seguidores de Ali–, vinculada con los chiitas, que lograron controlar Siria desde 1970, y que ellos se identificaran con su régimen político. En el año 2009, el presidente Basar Al-Assad prometió un proceso de democratización, de estado de derecho y de respeto de las ideas islamistas que no cumplió.

La “Primavera Árabe”, significó un nuevo capítulo en la historia de su país y de la región, debido a que en marzo de 2011 comenzaron en la ciudad de Daraa manifestaciones populares, primero pacíficas y después armadas que fueron extendiéndose a todo el territorio, hasta transformarse en una guerra civil, debido a que el Gobierno optó por una feroz represión. Al comenzar los incidentes que protagonizaron los sunnitas en defensa de su dignidad individual, Al-Assad argumentó, en cambio, que la inestabilidad de su país se debía al terrorismo y a una conspiración externa organizada por Estados Unidos e Israel, a los cuales luego añadió a Turquía, Arabia Saudita y a las monarquías del Golfo. En casi cuatro años la guerra civil causó más de 200.000 muertes (incluyendo las tropas de Gobierno, los rebeldes y la población civil), la situación humanitaria se ha deteriorado y existen 6.500.000 desplazados internos y más de tres millones de refugiados cruzaron las fronteras huyendo en su mayor parte hacia El Líbano (más de un millón), Jordania (640.000), Irak (220.000), la mayoría está en la región kurda), Egipto (150.000) y Turquía (más de un millón), cuya magnitud es profundamente desestabilizadora, –especialmente en los casos de El Líbano y Jordania– por sus implicancias financieras, políticas y sociales. El 12 % de los refugiados viven en campamentos construidos a tal efecto, y el resto en asentamientos precarios en ciudades y pueblos, con la observación que estas cifras corresponden a los refugiados documentados por las

Naciones Unidas, pero existen muchos más. Es la crisis humanitaria más grave desde la II Guerra Mundial.

Al-Assad cuenta con el apoyo del ejército regular, de las fuerzas de seguridad, de los denominados “shabbiha”, en los cuales los alauí son mayoría, y de las Fuerzas de Defensa Nacional, (grupos civiles creados en 2012 para pelear junto a sus fuerzas armadas). Siria recibe la colaboración militar de Irán, que es su principal aliado estratégico, a través de la participación de la Fuerza Al Quds de las Fuerzas Islámicas Revolucionarias, del Hezbollah libanés –que aporta entre 3.500-7.000 de sus milicias muy entrenadas y motivadas– y del armamento y endoso político de Rusia. Por ello, tanto Moscú como Teherán se oponen a la desestabilización del régimen.

La situación del dictador sirio se ha deteriorado, a pesar de haber sido reelecto por tercera vez el 3 de junio de 2014, en elecciones que tuvieron lugar en solo la mitad del territorio que controla el Gobierno, donde vive el 60 % de la población del país, que comprende un eje en el oeste, que se extiende en el área fronteriza con el Líbano, –las ciudades de Damasco, Homs, Hama, Latakia, Suwayda, Jableh, Tartus y Baniyas–, y la costa siria del Mediterráneo, mientras el noroeste está dominado por sus oponentes, entre ellos, el Frente Jabhat al-Nusra (vinculado a Al-Qaeda), gran parte de la frontera con Turquía –tiene 750 kilómetros de extensión– por los kurdos de las denominadas Unidades de Protección Popular (PYD) y por el Estado Islámico de Irak y el Levante (conocido como ISIL o ISI, o “ad-dawla al-islamiya”, en árabe) que también ocupa grandes sectores del este del territorio que se extienden hasta la frontera iraquí, siguiendo el Río Éufrates. Los orígenes de esta organización sunnita –que se considera la más radical–, se retrotraen a su lucha en contra de la invasión norteamericana a Irak en los años 2004 y 2005, bajo el nombre “Al-Qaeda en Irak”, mientras comenzó a participar en la guerra civil en Siria en el año 2013, pero sin estar asociado

actualmente al Frente al-Nusra, debido a su diferente identidad y objetivos. Estas organizaciones extremistas sunnitas tienen hoy en día un papel central en la lucha contra el régimen, que abandonó la pretensión de controlar la totalidad del territorio y luchar por cada ciudad y pueblo.

También existen en Siria otros contingentes insurgentes moderados que controlan áreas pequeñas, como: el Ejército Libre Sirio (vinculado a la Coalición Nacional Siria (CNS), que es un grupo político opuesto a Al-Assad), el Frente Revolucionario Sirio (también relacionado con el CNS), el Faylaq al-Sham (vinculado con los Hermanos Musulmanes sirios), el Jaish al-Mujahideen (también de tendencia moderada, que actúa en Alepo), pero igualmente combaten al régimen otros centenares de pequeños grupos de distinto carácter y número de integrantes. En general, la situación de estos rebeldes es caótica, pues no tiene un comando central, lo cual beneficia al Gobierno. Recientemente se creó un mecanismo de coordinación de las fuerzas moderadas denominado Consejo del Comando Revolucionario (RCC), que reemplazaría a los antes mencionados.

Un estudio publicado en junio pasado por el Soufan Group, estima que unos 12.000 jihadistas provenientes de 81 países se han unido a la guerra civil, 2.500 de ellos provenientes de Estados occidentales (la mayoría son musulmanes jóvenes, que tienen grandes obstáculos para su integración social). Otros países muy representados entre los extremistas son: Túnez (3.000), Arabia Saudita (2.500), Marruecos (1.500), Rusia (800) y Turquía (400), siendo este último país la vía de acceso a Siria de muchos de ellos.

La crisis regional se agudizó cuando el conflicto en Siria se extendió a Irak. Ambas son sociedades multiétnicas y multiseculares que enfrentan conflictos relacionados entre sí y donde el Estado Islámico de Irak y el Levante (ISIS), ahora denominado simplemente Estado Islámico (EI), intenta establecer un califato –un Gobierno unificado bajo un califa, considerado como un su-

cesor de la autoridad política de Mahoma–, en ambos lados de la frontera común y más allá. Su líder es AbuBakr al-Baghdadi, que por su carisma logró convertir a este grupo –que es un desprendimiento de Al-Qaeda– en un híbrido entre un grupo terrorista y un ejército convencional, que es agresivo, muy motivado y expansionista, basado en una combinación de ideología religiosa y métodos de combate de guerrilla.

El Estado Islámico (EI) tiene diferentes prioridades que Al-Qaeda, pues no está circunscripto a una estrategia de fases y porque busca un ámbito territorial específico donde establecer el Estado del Califato en Irak y Siria, recreando el modelo original de los cuatro primeros sucesores del Profeta que gobernaron en el siglo VII, por medio de un Islamismo radical, que se aparta del Islam tradicional, estableciendo sus propias instituciones, convirtiendo la “sharia” en la ley del Estado, organizando un ejército regular y utilizando las escuelas y los medios de prensa, audiovisuales e internet para diseminar de manera muy efectiva su ideología. Las finanzas del EI no dependen tanto de aportes extranjeros, sino fundamentalmente de la explotación de los recursos que obtiene de los territorios ocupados, incluyendo la venta y contrabando de petróleo de los yacimientos en Siria e Irak, y dinero que obtiene de secuestros y otros actos extorsivos.

En este cuadro general, el Estado Islámico (EI) no es un nuevo fenómeno y podrá subsistir y repetirse en el futuro, pues si se observa la historia del Medio Oriente han existido varios precedentes y conexiones con su extremismo religioso. Por ejemplo, en los tiempos modernos la primera ola de la jihad –que consiste en la obligación de los creyentes de expandir su fe, fundamentalmente a través de la lucha armada–, tuvo lugar en la Península Arábiga donde un clérigo sunnita llamado Abd al Wahhab, de la Provincia de Nejd, organizó el primer movimiento salafista (de *salaf* o ancestros). Luego las tribus beduinas adoptaron sus enseñanzas en Riyadh, y a principios del Siglo XX al desintegrarse el

Impero Otomano se aliaron con Al Saud y derrotaron a Hussein, que era el gobernante Hashemita de la Meca, dando lugar a la actual Arabia Saudita y a su credo oficial. A su vez, el Califato existió en manos otomanas hasta la disolución de este Imperio a consecuencia de la Primera Guerra Mundial, por una decisión en 1924 de Kemal Ataturk. La narrativa que trata de representar al Califato como una institución permanente y central al Islam, fue luego actualizada por los Hermanos Musulmanes, como una respuesta adecuada a la debilidad y declinación de la región frente a Occidente, y fue incluida en su discurso religioso.

El EI demostró su belicosidad y sus acciones sangrientas en la guerra civil de Siria donde controla extensas regiones de su territorio –Raqa sobre el río Éufrates, es su centro de comando–, y luego amplió sus operaciones al norte y el oeste de Irak, en la zona comprendida entre ese río y el Tigris, logrando el colapso total de las fuerzas iraquíes y la ocupación de ciudades importantes (como Mosul, el 9 de junio y Tikrit, el 11 de junio), otras poblaciones, obras de infraestructura y campos petrolíferos. Estas acciones le permitieron apoderarse de armamentos sofisticados y amplios recursos financieros. Al tratarse de una región sunnita, contó con la colaboración de grupos de resistencia tribales y de partidarios del antiguo Partido Ba'ath, que a través de esta insurgencia han visto la oportunidad de enfrentar la discriminación del Gobierno central.

La política del Presidente Obama en Medio Oriente se desarrolló en la Universidad de El Cairo (4 de junio de 2009), donde afirmó su voluntad de congraciarse con el mundo islámico, y cuando dejó de lado a las soluciones militares, la utilización de la fuerza y dos guerras impopulares, al concretar el retiro de Irak (sin llegar a acordar con ese Gobierno una presencia militar residual), y al motorizar el repliegue de Afganistán. También optó por una solución negociada diplomáticamente al constatarse la utilización de armas químicas en Siria. Sin embargo, en el mes de

junio de 2014 la conquista por el EI de Mosul, que es la segunda ciudad en importancia en Irak, de Falluja, de amplias zonas de la Provincia de Ambar (donde los mayores combates han tenido lugar en Haditha, Hit y Ramadi) y su avance hacia el sur con destino a Bagdad, sumada a sus acciones criminales ampliamente publicitadas y la persecución sanguinaria de minorías étnicas, –como los yazidíes de Sinjar y los caldeos cristianos– dieron lugar a una modificación sustancial y asertiva del accionar de los Estados Unidos, al reajustar sus prioridades desde una posición de retiro militar a una de intervención condicionada.

Con su discurso del 10-9-14, el presidente Obama dio comienzo a una nueva campaña y una nueva estrategia que tiene por objeto degradar y destruir al EI. Sus efectivos se estimaron en un principio en más de 31.000 hombres, la tercera parte de los cuales se encuentran en Irak (a los que deben agregarse los reclutas locales, que se unen a sus fuerzas por razones pecuniarias, ideológicas o forzadas), con lo cual se ha convertido en una amenaza para lo que resta del orden regional, dando lugar a una nueva guerra de baja intensidad de duración indefinida, ante la pobre resistencia demostrada por el ejército iraquí. Por otro lado, los Estados Unidos si bien poseen la mayor capacidad militar mundial, no tienen la posibilidad política de controlar las conductas de otros Estados, le es difícil definir quién es el enemigo inmerso en sus estructuras, el tipo de guerra que debe llevar adelante y los medios que se deben utilizar para enfrentarlos. Esta crisis está demostrando que el determinismo liberal y la noción de que la historia busca globalmente un futuro secular y más razonable están condicionados en su aplicación al Medio Oriente.

Estas acciones norteamericanas frente al EI, demuestran que se optó por un compromiso limitado y selectivo, que implican un desafío importante, pues aunque se trata de un enemigo comparativamente pequeño, su ideología terrorista está interconectada con muchos de los problemas centrales de la región. El objetivo

anunciado consiste en: 1) dañar sus capacidades ofensivas en Irak y Siria, por medios aéreos. Éstos comenzaron su acción el 8 de agosto en el primero y se extendieron el 23 de septiembre a Siria, operando desde la región del Golfo; 2) reducir el territorio bajo su control.; 3) apoyar con entrenamiento, equipos e inteligencia a las tropas iraquíes, con efectivos reducidos sin una función de combate, (el 8-11-14 su número se incrementó a 3.100 hombres); 4) limitar sus fuentes de financiamiento; 5) impedir el acceso de los combatientes que tratan de unirse al EI y 6) proveer ayuda humanitaria. Con la autorización de Irak y para lograr mayor efectividad, Estados Unidos ha organizado una coalición de países occidentales y regionales. En el caso de Irak participan en los ataques aéreos Australia, Bélgica, Reino Unido, Canadá, Dinamarca, Francia y Países Bajos. Mientras en Siria actúan junto a los Estados Unidos: Bahreín, Jordania, Arabia Saudita y los Emiratos Árabes Unidos.

Esta acción se complementa con el objetivo de lograr un Irak unificado y estable, que cuente con fuerzas de seguridad creíbles que puedan llevar adelante operaciones ofensivas sobre los territorios perdidos, superando sus divisiones étnicas, y limitando su dependencia de Irán. Esto es consecuencia de que el primer ministro Nouri Kamal al-Maliki (que estuvo en el poder por ocho años), consolidó el predominio chiita y actuó con un sectarismo que erosionó las instituciones nacionales –incluso las militares, cuyo ejército disminuyó a más de la mitad de sus efectivos debido a la corrupción, el ausentismo y la decadencia– (a fines del año 2011 eran 650.000 hombres, 280.000 en el ejército y el resto en la policía), de los cuales solo 24.000 soldados que integran nueve brigadas, estarían hoy en día en condiciones de participar en una ofensiva.

En ese sentido, tuvo lugar un desarrollo positivo cuando en julio del 2014 renunció como primer ministro y se organizó un nuevo Gobierno al frente de Haidar al-Abadi, que tiene un origen político similar y es chiita, pero busca llevar adelante una política más representativa, pues no se podría lograr una victoria militar

sin establecer un Estado participativo, que concrete una reforma política que integre a los sunnitas moderados y a los kurdos en un Gobierno de unidad nacional. Para ello sería necesario lograr que los sunnitas iraquíes se unan a las fuerzas militares provinciales y financiar a las fuerzas peshmerga del Gobierno regional de Kurdistán (KRG) de Massoud Barzani, con el cual el Gobierno central ha tenido graves problemas para definir el volumen de petróleo que se podía exportar de las zonas kurdas y su participación en el presupuesto nacional, tema que recién encontró solución con un acuerdo entre las partes suscripto el 2 de diciembre de 2014.

Por su parte, Irán obtuvo en su momento que los chiitas iraquíes –que son la mayoría de la población– se alinearan con Teherán, y se sumaran a sus alianzas con Siria y el Hezbollah libanés, consolidando su liderazgo. Ante los ataques del EI, desplegó en apoyo a Bagdad a expertos y asesores militares comandados por el líder de la Fuerza Al Quds del Cuerpo de Guardias Revolucionarios, Qasem Soleimani y sus milicias iraquíes afines, –como las Brigadas Bahr–, debido a que el EI se convirtió en una amenaza para Teherán, al combatir a sus aliados en Siria e Irak y aproximarse a sus fronteras. A fines de noviembre sus aviones comenzaron a bombardear al EI en una zona iraquí de la provincia de Diyala que se encuentra a 40 kilómetros de su territorio. A pesar de que el EI es un enemigo común, la cooperación militar entre Teherán y Washington no es evidente y está condicionada al avance de las negociaciones nucleares en curso.

En Siria, el propósito de los Estados Unidos es ayudar a las fuerzas iraquíes a vencer al EI, mientras que, en cambio, Arabia Saudita y Turquía (países sunnitas) consideran también prioritario remover a Al-Assad. Por su parte, Washington acepta que este desarrollo es parte de la ecuación futura, subraya que el objetivo debe ser preservar al Estado sirio y combatir contra el EI. El 13 de noviembre de 2014, el Jefe del Estado Mayor de las Fuerzas Armadas, Martin Dempsey, declaró en el Congreso norteameri-

cano que Al-Assad perdió su legitimidad, pero que no existe en Siria una solución puramente militar, por lo cual además de los esfuerzos para aislar y sancionar al Gobierno sirio, la estrategia consiste en consolidar a la oposición moderada que, en primer término, pueda controlar y defender las áreas locales, luego pasar a la ofensiva y tomar las áreas perdidas frente al EI. Un paso posterior sería crear las condiciones para un arreglo político, estableciendo un nuevo Estado que sea pacífico, plural e inclusivo, a través de una negociación diplomática con la participación de los sirios y de los países con influencia regional. Días después, conversando con periodistas en la Cumbre del G-20 en Brisbane, Australia, el presidente Obama reafirmó estos conceptos.

Esta posición se debe a que los Estados Unidos no tienen buenas opciones en Siria: si ataca a las fuerzas gubernamentales, corre el riesgo de condicionar la posición de Irán en las negociaciones nucleares pues lesionaría su interés de conservar sus vínculos con Damasco, pero si no lo hace puede afectar las posibilidades de la Coalición y a sus aliados sunnitas, como son Arabia Saudita y Turquía. Esta situación da lugar a críticas a los objetivos estratégicos de Obama, que también se consideran demasiado limitados militarmente. Se relacionan con tres cuestiones centrales: la primera de ellas cuestiona la posibilidad de que se pueda vencer al EI, sin tomar partido en la Guerra Civil siria en contra de Al-Assad, la segunda afirma que existiendo una frontera muy porosa no es posible expulsarlo de Irak, mientras que solo se intenta disminuirlo y contenerlo en Siria, la tercera, subraya que no es posible actuar con éxito con medios aéreos, siendo necesario desplegar un ejército efectivo en el terreno.

Adicionalmente, el Gobierno norteamericano solicitó al Congreso la autorización para utilizar 500 millones de dólares para la financiación de la instrucción y equipamiento de 5000 opositores sirios moderados (cuyo número podría aumentar), una proporción de los cuales se entrenarían en territorio turco, para

formar una fuerza confiable que pueda actuar en el terreno contra sus enemigos. Sin embargo, hasta el presente ha sido muy difícil para los norteamericanos encontrar socios locales que sean confiables en la lucha contra Al-Assad y, a la vez, sean aceptados por la población sunnita.

Por el momento, no existen signos de que una victoria militar en Siria esté al alcance de ninguna de las partes, mientras que Al-Assad se beneficia con los ataques aéreos de la Coalición a las fuerzas jihadistas, como los que tienen lugar contra el grupo Khorasan en las cercanías de Alepo. Actualmente existen dos combates centrales cuyo resultado puede tener consecuencias en el balance de poder y el control del territorio. Por un lado, el Gobierno sirio avanza sobre la ciudad de Alepo (ocupada por facciones rebeldes moderadas desde julio de 2012) y sobre el núcleo urbano de Ghouta y áreas rurales cercanas a Damasco, mientras los jihadistas han afianzado su control sobre el norte y el este del país y zonas cercanas a las Alturas del Golán.

Por otro lado, existen esfuerzos internacionales para llegar a un congelamiento del conflicto en zonas determinadas, propuesto por el enviado de las Naciones Unidas para Siria, Staffan de Mistura, cuyo primer objetivo sería la ciudad de Alepo, propuesta que está siendo estudiada por el Gobierno sirio. Sin embargo, el objetivo permanente de Al-Assad en los ceses de fuego acordados en el pasado fue conservar su legitimidad o, eventualmente, tener la capacidad de replegar sus tropas hacia otros objetivos militares. Cabe tener en cuenta que, con anterioridad, los esfuerzos de mediación para lograr un cese del fuego más generalizado del ex Secretario General de Naciones Unidas, Kofi Annan, y luego el del ex Ministro de Relaciones Exteriores de Argelia, Lakhdar Brahimi no dieron resultados positivos.

En septiembre el EI inició una ofensiva contra tres cantones de kurdos sirios ubicados en el límite con la frontera turca, y cuyo centro es la ciudad de Kobani, (más de 200.000 de sus

habitantes huyeron cruzando la frontera turca). Por primera vez, la Casa Blanca dijo que el PYD sirio es diferente al Partido de los Trabajadores del Kurdistán (PKK) turco, por lo cual no se lo considera un grupo terrorista y se comenzó a prestarle asistencia militar, pero no está en claro si en el futuro va aceptar una región autónoma kurda en Siria. Kobani se transformó en un tema central y simbólico, pero hasta el presente su situación no se definió militarmente a pesar del apoyo aéreo de la Coalición, pero los extremistas constituyen todavía una amenaza para la ciudad y controlan parte de la misma. Además, bajo presión norteamericana el presidente Recep Tayyip Erdogan permitió el paso por Turquía de las tropas peshmerga de los kurdos iraquíes (KRG), para cooperar en la defensa de dicha ciudad, pero todavía no autorizó la utilización de la base de Incirlink en Turquía por los aviones de la Coalición.

Turquía, condiciona su participación en la Coalición contra el EI al establecimiento de zonas de protección y de interdicción de vuelos sobre su frontera con Siria (las tropas turcas no han participado en los combates y se encuentran desplegadas en la frontera). Ankara, enfrenta una situación muy complicada políticamente, debido a que sus objetivos tienen en cuenta tres problemas muy difíciles de coordinar: enfrentar al EI, lograr un cambio de régimen político en Siria, y considerar el futuro de los kurdos en el Medio Oriente, que ya han obtenido un grado importante de autonomía en Irak y pueden lograrla en Siria. Este desarrollo puede facilitar la creación de una entidad kurda independiente, ampliando las tendencias secesionistas de los kurdos turcos, representados por el PKK.

El proceso de paz entre Israel y los palestinos

En Medio Oriente, uno de los problemas centrales es el conflicto entre Israel y los palestinos cuyos componentes han variado a través del tiempo. En su último intento, el denominado proceso de paz se basó en el paradigma de dos Estados para dos pueblos coexistiendo pacíficamente con fronteras seguras para Israel. Desafortunadamente, este objetivo está lejos de ser alcanzado en el futuro inmediato, debido a que no se vislumbra un compromiso entre los dos movimientos nacionales y porque, por otro lado, los palestinos no han avanzado lo suficiente en la construcción de una estructura estadual, proceso que iniciaron en el año 1994 como consecuencia de los Acuerdos de Oslo, (el liderazgo de Al Fatah consideró en ese momento que el establecimiento de la Autoridad Nacional Palestina (ANP) en el territorio palestino constituía un acontecimiento fundamental). El objetivo buscado fue que ambas Partes negociaran un acuerdo de paz permanente, pero este proceso diplomático tropezó con problemas continuos.

Un esfuerzo muy importante se realizó en la Cumbre de Camp David, en julio de 2000, donde el entonces presidente de Estados Unidos, Bill Clinton buscó un acuerdo entre Arafat y el entonces primer ministro, Ehud Barak, pero fracasó y fue seguido por una etapa de violencia palestina, que comenzó en septiembre de ese año (la segunda Intifada). Este levantamiento tuvo como consecuencia una declinación notable del convencimiento de los israelíes de que la ANP fuera capaz de asegurar la paz. Se acuñó la frase de que no existía un socio, intentando describir la situación existente entre los palestinos. Por bastante tiempo la opción para superar ese estado de cosas fue la administración del conflicto y no la búsqueda de una solución, tratando de reducir sus costos y preservando la posibilidad de desarrollar acciones políticas de menor envergadura. Durante las últimas etapas del mandato del presidente Bush se inició el proceso de Annapolis, que dio lugar a diálogos relevantes entre el presidente Abbas y el exprimer minis-

tro Olmert, que formuló una propuesta de paz muy audaz que no llegó a tener una respuesta palestina.

En julio de 2013 el secretario de Estado John Kerry lanzó una iniciativa para resolver el conflicto israelí-palestino en el lapso de nueve meses, comprendiendo todos los temas referentes al estatus final y suscribiendo un acuerdo terminando el conflicto. A pesar de sus numerosos viajes a la región para motorizar a las Partes, esto no ocurrió. Una de las razones para explicar lo sucedido, fue que los asentamientos israelíes en los territorios ocupados (cuyos orígenes se retrotraen a 1967, pero que pasaron de tener 200.000 habitantes en 2001 a 325.000 en 2013) constituían un obstáculo para un progreso real.

Cuando se presentaron propuestas norteamericanas concretas, no hubo una respuesta positiva por parte de los palestinos, a pesar de su búsqueda por un Estado viable, contiguo y totalmente independiente. Además existieron otros problemas: 1) No se determinó si era el momento oportuno para alcanzar un acuerdo de paz, a pesar de que existían pruebas de que no existía urgencia ni era una prioridad para las partes. En el caso israelí, si bien el primer ministro Netanyahu pronunció su discurso positivo en la Universidad de Bar Ilan (2009) aceptando el principio de los dos Estados para dos pueblos y luego prometió a Obama un “paso histórico”, pero no continuó por este camino. Tampoco se tuvo en cuenta la debilidad de los partidos del centro israelíes, que tradicionalmente son los que han favorecido un acuerdo de tierras por paz, ni el hecho que la coalición que integra el Gobierno israelí es fundamentalmente de derecha, mientras que los partidos ultra nacionalistas que han ganado poder, favorecen la ampliación de los asentamientos y solo se manifiestan en favor de una entidad palestina cuasi autónoma, donde todas las fronteras estén dominadas por las Fuerzas de Defensa de Israel (IDF). 2) No se dio suficiente relevancia al hecho que la situación geopolítica de la región está en crisis en numerosos países limítrofes, lo que con-

diciona a Israel. 3) No se fijaron términos de referencia para las negociaciones, debido a una exigencia israelí, mientras los palestinos hubieran preferido continuarlas en el estado que quedaron después de las mantenidas con el ex primer ministro Olmert, o se basaran en los conceptos contenidos en el discurso del presidente Obama, de mayo de 2011. 4) No existió un plan alternativo para el eventual fracaso de las negociaciones. 5) Cuando éste ocurrió, tampoco Estados Unidos presentó los parámetros que debían servir de base para futuras negociaciones.

Por el contrario, primó el convencimiento norteamericano que el hecho de reunir a las Partes y comenzar una negociación bajo presión, permitiría alcanzar un acuerdo, como ocurrió con los acuerdos de Oslo, procedimiento que también se intentó en las negociaciones de Camp David del año 2000. Además, no se tuvo en cuenta suficientemente el cambio de las condiciones sobre el terreno, caracterizadas por una gran crisis representada por la división de la Ribera Occidental controlada parcialmente por la ANP a cargo de Fatah (y el despliegue de las IDF), y Gaza monopolizada por Hamás, que impide que exista un consenso nacional palestino sobre la estrategia a seguir ante las posiciones israelíes. La idea fue obtener un acuerdo con el presidente Abbas y celebrar un referéndum, que de ser aprobado dificultaría a Hamás oponerse a la creación de un Estado palestino.

Tanto Israel como la ANP tuvieron un cúmulo de razones y excusas para no concluir las negociaciones para la implementación de la fórmula de dos Estados, donde los temas centrales son: refugiados, Jerusalén, reconocimiento mutuo, fronteras que tengan en cuenta los requerimientos de seguridad de Israel, y el acuerdo palestino a terminar todos sus reclamos. Además, en los últimos años se agregó la cuestión de Gaza cuyos desarrollos se analizarán más adelante.

Debido a la falta de confianza entre las Partes, éstas no se consideran suficientemente competentes para tomar las difíciles

decisiones que permitirían avanzar hacia un acuerdo permanente. La ANP no se fía de la capacidad de Israel de forzar la evacuación de los asentamientos, aun en el caso que se tome esta decisión. Ello origina el reclamo del presidente Abbas de un congelamiento completo de las construcciones en la Ribera Occidental y en Jerusalén del Este. Por su parte, el Gobierno israelí no tiene certidumbre acerca de la capacidad de la ANP para controlar a la oposición radical, encabezada por Hamás, que rechaza un acuerdo permanente, como así también respecto de sus posibilidades de impedir las actividades terroristas en contra de Israel. De allí la dificultad para convencer al liderazgo y al público israelí de la sinceridad de la declaración palestina acerca de su intención de promover un acuerdo permanente, entre otras razones, por el rechazo de la ANP a reconocer oficialmente a Israel como el Estado del pueblo judío, y la ausencia de una respuesta a las propuestas del ex primer ministro Olmert.

Por otro lado la campaña de la ANP en la arena internacional, con el propósito de quitar legitimidad a Israel y promover la independencia de Palestina dentro de las fronteras de 1967, sin negociar con Israel, tuvo un resultado histórico cuando en el año 2012 la Asamblea General de las Naciones Unidas reconoció a Palestina como un Estado observador no miembro (dejando de ser una entidad observadora), lo cual dañó la credibilidad del presidente Mahmoud Abbas en cuanto a su compromiso de llevar adelante el proceso político. Cabe destacar que 134 de los 192 Miembros de las Naciones Unidas reconoce a Palestina como un Estado.

Podemos preguntarnos cuáles son pues las posibilidades para lograr una solución que haga realidad la fórmula de los dos Estados para dos pueblos. Evidentemente son limitadas, la ventana de oportunidad se está cerrando y existen problemas muy difíciles de resolver, pero no es una ilusión, ni está muerta, pues no hay otra alternativa posible para lograr la paz. La fórmula de

un solo Estado es inaceptable para ambos, pues significaría la hegemonía de un pueblo sobre el otro. Desde el Informe de la Comisión Peel de 1937, el del Comité Especial de las Naciones Unidas sobre Palestina, del 3 de septiembre de 1947, la resolución 181 de la Asamblea General de las Naciones Unidas y otros documentos posteriores, la partición en dos territorios (llamada ahora dos Estados) fue la idea rectora para lograr la coexistencia pacífica de los dos movimientos nacionales, y lo sigue siendo, a condición que se acuerden fórmulas que tengan en cuenta los intereses de ambas partes y, en especial, que Israel detenga los asentamientos en los territorios ocupados, pues en la práctica constituyen un procedimiento para anexionar territorio. El método más conveniente sería discutir primero los problemas de fronteras y seguridad, y luego los referentes a Jerusalén y refugiados, pues son los temas más difíciles, por su relación con la religión y el nacionalismo.

Hamás

Hacia fines de los años 80, los movimientos nacionalistas seculares de Medio Oriente como Al Fatah (fundado por Yasser Arafat), compartían la escena política con los movimientos islámicos militantes dogmáticos. Tal es el caso de los Hermanos Musulmanes, originados en Egipto en el año 1928, de la cual Hamás –Movimiento de Resistencia Islámico– es la rama palestina fundada en 1987 durante la Primera Intifada por el Sheik Ahmed Yassin. Intenta lograr la exaltación del Islam, vinculándola con la resistencia a la dominación y ocupación israelí, mediante un activismo político nacionalista y la lucha armada. De igual modo, a través de la prédica y la educación, trata de construir una sociedad islámica. La ideología de este movimiento militante sunní,

se estableció en su carta fundacional de 1988, vigente hasta hoy. Allí, se dice que Palestina “desde el Río Jordán hasta el Mar”, es una propiedad islámica, por lo cual los palestinos no pueden cederla. En forma explícita, piden la extinción del Estado de Israel por la fuerza de la espada y sostiene que toda paz debe basarse en el Islam. Hamás se organizó a través del desarrollo paralelo de sus grupos sociales y militares. Los primeros, organizan acciones religiosas, culturales y de asistencia y bienestar social (da’wa, o proselitismo). Los segundos, están dedicados a la lucha armada y a concretar atentados de todo tipo contra los israelíes (las Brigadas Al Qassam). Puede decirse que Hamás es una organización compleja, que es simultáneamente un partido político, un movimiento social y una organización militar. Israel, los Estados Unidos y la UE la consideran una organización terrorista.

En noviembre de 2004, la muerte del presidente Yasser Arafat marcó el comienzo de una transformación en el sistema político palestino, que desde su elección en 1969 era completamente dependiente de su persona, como Secretario General de la Organización para la Liberación Palestina (OLP) fundada con el propósito de obtener la liberación e independencia, aún no logradas. Esta realidad histórica se desvaneció con su muerte y su logro más importante consistió en mantener viva la identidad palestina. Dicho acontecimiento representó para los palestinos un desafío, pues la legitimidad histórica de sus acciones en contra de Israel y la lucha contra la ocupación, dejaron de determinar por sí solos la solidez del movimiento.

Ante la desaparición de Arafat, Hamás decidió incentivar su acción política y luchar para llegar al poder. Basándose en cierta debilidad política de su sucesor, el presidente Mahmoud Abbas y en el descrédito popular de Al Fatah, lesionada por la corrupción del poder y la falta de avances en las negociaciones con Israel, el 12 de marzo de 2005 anunció que se presentaría por primera vez en las elecciones legislativas (anteriormente lo había hecho

en elecciones municipales). Posiblemente, el presidente Abbas estimó que con esta decisión Hamás se integraba al juego político palestino pues, hasta ese momento, se había negado a reconocer el Proceso de Oslo y ahora parecía aceptarlo tácitamente al formar parte de una de las instituciones creadas por éste (como era el caso del Consejo Legislativo Palestino, CLP). Cuando Abbas intentó demorar las elecciones ante la fuerza electoral que supuso poseía Hamás, Washington no estuvo a favor de postergar el acto electoral pues consideró que favorecía su proyecto de democratización del Medio Oriente, y que esta participación podía transformar a Hamás o, de lo contrario, la podía marginar. Sin embargo, las condiciones no estaban dadas: no existía un sistema político lo suficientemente fuerte que absorbiera a los islamistas, ni un sistema de poder que los obligara a adoptar un papel moderado, ni tampoco el tiempo necesario para implementar dichos cambios políticos.

Al producirse la victoria de Hamás en las elecciones legislativas del 25 de enero de 2006, (74 escaños sobre un total de los 132 que integran el CLP), las bases del conflicto israelí-palestino dieron un giro de 360 grados, pues fue un desarrollo político mayor que desvirtuó las previsiones de todas las encuestas y de las informaciones de inteligencia de Israel y de Washington. Lamentablemente, en un momento en que los palestinos necesitaban más que nunca ser pragmáticos ante Israel, otorgaron el triunfo a un movimiento que incorpora al conflicto el componente destabilizador de la religión contrastando con el laicismo de Fatah, y que por su carta fundacional se compromete a la destrucción de Israel. Posiblemente, las causas de su triunfo reflejaron más la insatisfacción de los votantes con la AP, que un acuerdo con el programa político de Hamás.

Después de su victoria electoral, la respuesta de Israel fue no reconocer a Hamás y tratar de acentuar su aislamiento. El 18 de febrero de 2006, al constituirse el Consejo Legislativo Palestino

(CLP), declaró que no mantendría contactos con una AP de la que Hamás formara parte, pues a su juicio se convertía en una entidad terrorista y enfatizó que continuaría enfrentando al terrorismo palestino con todas sus fuerzas. Con anterioridad, el 29 de enero del 2006, el Cuarteto (Naciones Unidas, Unión Europea, Estados Unidos y Rusia) había formulado una declaración mediante la cual decidió revisar toda la asistencia que se otorgaba a la ANP, salvo si el nuevo Gobierno palestino adhiriera a tres principios: la no violencia, el reconocimiento de Israel y la aceptación de todos los acuerdos anteriores suscriptos por la ANP, incluyendo la Hoja de Ruta (presentada por el Cuarteto a Israel y las autoridades palestinas el 30 de abril de 2003, para llegar a la solución de dos Estados a través de un proceso gradual). Con esta decisión, se trató de organizar un verdadero “cordón sanitario” y obtener que Hamás modificara sus líneas políticas básicas o, eventualmente, debilitar a su Gobierno. Hamás se negó a acceder a estas condiciones y buscó –en cambio– formar un Gobierno de Coalición con Fatah, propuesta que no fue aceptada. Ante esta negativa, el 29 de marzo de 2006, formó un Gobierno integrado exclusivamente por ella y por algunos partidos independientes, presidido por el primer ministro Ismael Haniyeh. Fue la primera vez que un movimiento afiliado a la Hermandad Musulmana llegó al poder en la región. En cuanto a Israel sólo reconoció como legítimo interlocutor al presidente Abbas, con quien el entonces primer ministro Olmert continuó negociando diversos temas vinculados con cuestiones humanitarias y de seguridad.

El escenario fue agravándose debido a que los episodios de violencia entre Israel y Hamás se incrementaron notablemente, incluso contra los cruces que permiten el tránsito desde y hacia Israel. La tregua cesó cuando volvieron a lanzarse cohetes contra poblaciones israelíes desde Gaza, de donde Israel se había retirado en 2005 y levantado sus asentamientos y colonos, (lo cual podría haber significado una oportunidad para que los palestinos

promovieran el desarrollo económico de la Franja). El 25 de junio de 2006 tuvo lugar un ataque a una posición militar en territorio israelí y el secuestro del soldado Gilad Shalit, que tuvo como respuesta una operación a gran escala de las Fuerzas de Defensa Israelíes (IDF) sobre Gaza (su libertad recién se logró el 18 de octubre de 2011 mediante la intervención de Egipto, y la liberación de cientos de prisioneros palestinos). Luego, se creó un segundo frente militar cuando el 12 de julio de 2006, el Hezbollah (o Partido de Dios libanés) atacó a una patrulla militar en el norte del territorio israelí, lo que dio comienzo a la Segunda Guerra del Líbano, que atrajo, por bastante tiempo, la atención internacional y –ciertamente– la israelí.

Un nuevo desarrollo político tuvo lugar cuando, a fines del año 2006, ambos movimientos palestinos acordaron formar un Gobierno de Coalición, sobre la base de un documento de 18 puntos de lineamientos generales redactado entre sus facciones, que recién se concretó en febrero de 2007 debido a la intermediación y presión política de Arabia Saudita, con el objetivo primordial de obtener el levantamiento de las sanciones internacionales y un consenso entre los palestinos en torno a un proceso de paz con Israel. En el mes de marzo siguiente y después de una larga negociación, se constituyó su Gabinete ministerial con representantes de ambos movimientos y de partidos independientes.

La decisión política palestina de actuar conjuntamente motivó una gran preocupación por parte de Israel, porque podía significar la radicalización de toda la dirigencia palestina. Sin embargo, este experimento duró tres meses debido a que se reanudaron los conflictos armados entre sus facciones, consecuencia de su incompatibilidad ideológica y de la ausencia de intereses concretos comunes, el continuo deterioro de la economía local y de la seguridad. El 10 de junio de 2007 comenzó una lucha abierta, que culminó en pocos días con el triunfo armado de las fuerzas de Hamás sobre Fatah, quienes declararon “la Segunda Liberación de Gaza”,

(la primera fue la retirada israelí de dicho territorio). Estos desarrollos demostraron que los islamistas estaban muy preparados y motivados y tenían suficiente apoyo en la población. Por el contrario, la rapidez con la cual Fatah cesó su resistencia fue sorprendente y demostró el colapso de sus fuerzas frente a un opositor que no tenía gran entidad. El resultado fue su abandono de la Franja, ahora dominada por Hamás.

Cabe mencionar que existen en la Franja otras organizaciones combativas más extremistas, como son la Jihad Islámica (auspiciada por Irán), y otros grupos salafistas-jihadistas como lo son: 1) Jaish al-Islam, comandado por el clan de Mumtaz Dughmush; 2) Fatah al-Islam, cuyos líderes son Saliman Abu Lafi y Raffik Abu Aker y 3) Ansar al-Ummah, controlado por Ismail Hammed. Estos últimos grupos rechazan el nacionalismo y tratan de establecer un Estado islámico transnacional, mientras consideran a los dos primeros como insuficientemente agresivos, pero son poco numerosos y no tienen una infraestructura muy amplia en la sociedad palestina, por lo cual difícilmente puedan desplazar a Hamás del control de la Franja.

Como resultado de este sismo en su poder territorial, Fatah decidió fortalecer su posición en la Ribera Occidental (Cisjordania) y tomó allí medidas de control de las instituciones y de los seguidores de Hamás (donde además de otras representaciones políticas y grupos armados, funcionaban numerosos fondos islámicos, aglutinados en la Organización “Unión de Dios”). Pero su principal reacción fue de carácter político: el presidente Abbas argumentó que existía una tentativa de destruir las instituciones palestinas, y describió a Gaza como “tomada por un régimen hostil”.

De inmediato, Abbas destituyó al primer ministro Haniyeh y designó en su reemplazo a Salaam Fayyad (Ministro de Finanzas del anterior Gobierno) y constituyó un Gobierno de Emergencia con ministros tecnócratas. Treinta días después, se transformó en interino (más amplio, con la participación de representantes de los

partidos independientes), sin que el CLP se pudiera reunir para ratificarlo o denostarlo por falta de quórum (varios legisladores fueron detenidos por Israel). Esta nueva situación, llevó a Washington y a la UE a proclamar el cese del aislamiento diplomático de la AP y del régimen de sanciones establecido un año antes, así como a restablecer su cooperación y asistencia, dejando en claro que no negociarían con Hamás.

El entonces primer ministro Olmert, por su parte, subrayó la existencia de una nueva situación en donde Gaza estaba controlada por un movimiento ilegítimo, que era una amenaza estratégica para Israel (denominado Hamastan por el periodismo). Dijo que Israel no aceptaba la posición fundamentalista de Hamás de no reconocer su existencia pero que, en cambio, podría trabajar en colaboración con el Gobierno palestino de Ramallah, que mantiene una agenda pacífica. Su objetivo fue crear una clara distinción entre los moderados de Abbas de la ANP y los extremistas de Gaza, que ahora tenía para Israel una manifestación territorial que, a su juicio, le permitía negociar el proceso de paz con los primeros y sancionar a los segundos, que consideraban una organización terrorista. En consecuencia, se anunciaron algunas medidas concretas de fomento de la confianza en la Ribera Occidental (liberación de prisioneros y cambios en las medidas de seguridad de las IDF, cooperación en la seguridad y en la reconstrucción de las fuerzas de seguridad) y una estrategia para favorecer al presidente Abbas y a la ANP, tratando de ofrecer a los palestinos un ejemplo de lo que podría ser su vida con un Gobierno respaldado internacionalmente, en lugar de estar condicionados por Hamás. En este contexto el Gobierno del primer ministro Fayyad consiguió un importante desarrollo económico entre los años 2007 y 2013.

Las alternativas que se discutieron en el Gobierno israelí fueron tres: lograr el colapso de Hamás mediante a una acción militar, aceptar un eventual consenso palestino para organizar un Estado palestino viable, o continuar con el estatus quo. En de-

finitiva, Israel dirigió su acción política y militar hacia el aislamiento de Gaza que importó un real bloqueo, condicionado por la necesidad de evitar una crisis humanitaria (conforme con el Derecho Humanitario y la Cuarta Convención de Ginebra) entre sus 1.760.000 habitantes, una de las densidades de población más altas del mundo, caracterizada por un alto nivel de pobreza.

De esta manera, Gaza se convirtió en un mundo aislado de 48 kilómetros de largo y entre 12 y 6 kilómetros de ancho, (365 kilómetros cuadrados), con fronteras con Israel –51 kilómetros–, Egipto –7 kilómetros– y 40 kilómetros de costas sobre el Mar Mediterráneo. El 20 de septiembre de 2007, el Gabinete Ministerial Israelí, la declaró “entidad hostil”, debido al continuo disparo de misiles “Qassam” sobre poblaciones israelíes vecinas, adoptando nuevas restricciones a la población como la clausura de los accesos desde Israel, limitar el ingreso de mercaderías, cortes de electricidad y agua, etc. Sin embargo, en la práctica esta política tuvo como resultado fortalecer el brazo armado de Hamás, cuyo objetivo era consolidarse ante los palestinos como la principal fuerza para combatir la ocupación y resistir a los israelíes. Por un tiempo, no intentó tener un enfrentamiento mayor y, en cambio, buscó demostrar su capacidad de administrar Gaza aceptando una tregua temporaria (o hudna, que es un principio que en su momento fue aceptado por Mahoma), condicionada por su posición ideológica que niega el reconocimiento del Estado de Israel.

Los reiterados conflictos militares en Gaza

Desde el retiro de Israel de Gaza en el año 2005, dispuesto el entonces primer ministro de Israel Ariel Sharon (que debió enfrentar una crisis política y las acciones de los ocho mil co-

lonos israelíes que se resistían a su evacuación), se produjeron actos de violencia periódicos entre las partes: cohetes de Hamás dirigidos hacia Israel y ataques aéreos israelíes contra objetivos en la Franja, pero además han habido tres conflictos mayores de distintas características.

El primero de ellos comenzó a gestarse cuando el 10 de febrero de 2008, el Gabinete de Seguridad israelí instruyó a las IDF a preparar una acción de gran escala en la Franja. El Gobierno tuvo en cuenta que una invasión terrestre no aseguraba anular todos los disparos de “Qassam” y otros cohetes de mayor poder, mientras que una presencia militar permanente en Gaza podía crear una situación similar a la que existió en Irak, donde el despliegue de fuerzas norteamericanas facilitó los actos terroristas. También reparó en que una acción de este tipo podría destruir el proceso diplomático que se estaba llevando a cabo con el presidente Abbas, interpretarse como un castigo colectivo, mientras su resultado impredecible no aseguraba un cambio de régimen en Gaza. Adicionalmente, se pensó que sería utilizada políticamente por Hamás para obtener una mayor solidaridad de la población palestina. Hasta el presente, estos argumentos condicionaron las acciones israelíes, por lo cual trata a Palestina como dos entidades diferentes: en la Ribera Occidental mantiene con la ANP y Al Fatah una cooperación de seguridad y una negociación diplomática, mientras Hamás es un enemigo que periódicamente hay que enfrentar militarmente.

Al concluir el plazo de un cese al fuego acordado entre las Partes –que rigió con interrupciones durante 2008– y ante la necesidad política de defender a los pobladores de Sderot y otras comunidades del Negev amenazadas por las acciones de Hamás, Israel optó entonces por un objetivo limitado representado por un conflicto armado asimétrico en gran escala entre ese Estado y un actor no estatal como Hamás (y otros grupos palestinos en Gaza), que denominó “Operación Plomo Fundido”, llevada a

cabo durante 23 días entre diciembre de 2008 y enero del 2009. El propósito de esta invasión terrestre (coordinados con ataques aéreos y marítimos que la precedieron) fue la disuasión, sin ocupar la Franja ni tratar de destruir a Hamás, para crear una situación en que los disparos de cohetes desde Gaza pudieran ser evitados y buscando lesionar su capacidad militar asimétrica, (no obstante, se dispararon 916 cohetes dirigidos contra Israel),

La gran cantidad de bajas en la población civil palestina (1382 muertos y miles de heridos) y la destrucción física causada por Israel por daños colaterales, dio lugar a la resolución 1860 del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas (del 8 de enero de 2009) que, esencialmente, pidió un alto el fuego, la prevención de la transferencia de armas a Gaza y la apertura de los pasos fronterizos, condiciones que no fueron aceptadas por las Partes. Sin embargo, tres semanas después de iniciadas las operaciones estas cesaron unilateralmente, por gestiones de Egipto apoyadas por Estados Unidos y por la UE, lo cual coincidió con la asunción por el presidente Obama del Gobierno en Washington.

Israel volvió a actuar militarmente contra la Franja de Gaza durante ocho días en noviembre de 2012 por medio de la “Operación Pilar de Defensa”, con un objetivo similar de disuasión, limitado esta vez a operaciones aéreas quirúrgicas, (en una de las cuales se mató a su jefe militar Ahmed Jabari, y en total hubo 172 víctimas palestinas) con el propósito prioritario de lesionar los sistemas de cohetes de Hamás y otras organizaciones, y especialmente, sus sistemas de misiles Fajr-5 de un mayor alcance (durante su desarrollo se dispararon 845 cohetes de distinto tipo). La decisión israelí estuvo relacionada con la preocupación de que el ascenso al poder en Egipto del presidente Morsi (de la Hermandad Musulmana), le pudiera haber facilitado obtener un armamento más sofisticado proveniente de Irán y Siria, transferido a Gaza a través de túneles existentes en la frontera común. En esa ocasión el alto el fuego se obtuvo el 21 de noviembre de 2012, mediante

negociaciones muy discretas llevadas a cabo por Egipto y Estados Unidos. Luego las condiciones pactadas no fueron implementadas por las Partes, pero los meses siguientes fueron de una gran calma, posiblemente, como consecuencia de la disuasión implementada por Israel y de los intereses propios de los palestinos.

En julio de 2013 el golpe de Estado en Egipto encabezado por el General Sisi terminó con un estado de cosas favorable para Hamás, porque atribuyó la responsabilidad de la caótica situación de ese país al Presidente Morsi, a la Hermandad Musulmana y a la misma Hamás, que es un desprendimiento de la anterior. Esta organización temió que el nuevo Gobierno egipcio, Israel y Al Fatah actuaran contra Gaza, situación que se reflejó en la clausura y destrucción por el primero de los túneles existentes entre su territorio y Gaza, que hasta ese momento permitían el contrabando de armas y suministros y eran fuente de grandes recursos financieros para dicha organización.

También Siria e Irán dejaron apoyar a Hamás debido su endoso a la Hermandad Musulmana empeñada en enfrentar a la dictadura de Al-Assad, y por el desplazamiento desde Damasco a Qatar del jefe de su sector político, Khaled Meshaal. Otros de sus aliados tienen sus propios problemas: Turquía desafía enfrentamientos políticos internos y en sus fronteras, Catar es criticada por los países del Golfo por el sostén financiero que otorga a los extremistas musulmanes en Siria, Irak, a la Hermandad Musulmana en Egipto y a Hamás en Gaza, mientras Arabia Saudita declaró a esta organización como una entidad terrorista. Al sentirse vulnerable y aislada, Hamás analizó diversas opciones y optó por buscar un arreglo con Al Fatah, a pesar de haberla vencido en las elecciones del 2006 y expulsado de Gaza al año siguiente.

El 23 de abril de 2014, Hamás y la Organización de Liberación de Palestina (OLP) firmaron un acuerdo de reconciliación nacional, que pareció ofrecer una oportunidad de modificar la situación existente, pues el 2 de junio se formó un Gobierno con-

junto de carácter técnico sin participación de ningún Ministro en representación de Hamás, con el mandato limitado de rehabilitar la Franja de Gaza y convocar a elecciones. Este entendimiento entre las facciones palestinas pareció superar la resistencia islamista a admitir una opción política, que no dependiera exclusivamente de su organización y una presencia de la OLP en Gaza. Entre otras razones, Hamás buscó con este acuerdo que la ANP se hiciera cargo de los salarios de los numerosos empleados públicos de la Franja, debido a sus problemas financieros derivados de la falta de apoyos concretos de sus anteriores aliados. Sin embargo, no fue aceptado por el Gobierno de Israel pues el 2 de junio su Gabinete afirmó “que dañaba la seguridad de Israel” y puso en práctica sanciones a la ANP. La preferencia israelí por el estatus quo, fue interpretada por algunos analistas como una aplicación del principio “dividir para reinar” que, entre otras consecuencias, impide un consenso nacional entre los palestinos sobre el futuro de las negociaciones de paz.

En este escenario estratégico que favoreció la confrontación sobre la estabilidad, Israel y Hamás (y otros movimientos extremistas en Gaza) se empeñaron nuevamente en un tercer enfrentamiento asimétrico que fue más grave que los precedentes, pues produjo una gran destrucción y una terrible crisis humanitaria. Su origen se relacionó con el rapto y muerte de tres jóvenes estudiantes de una yeshiva, por el cual Israel responsabilizó a Hamás. Luego, tuvo lugar la tortura y el asesinato de un joven palestino por un grupo de extremistas judíos, la detención por las IDF en la Ribera Occidental (con la colaboración de las autoridades de Ramallah) de más de 500 palestinos, entre los cuales se encontraban un número significativo de quienes habían sido liberados en el intercambio de prisioneros por Gilad Shalit. Cuando Hamás estimó que su único camino para recuperar el terreno perdido era agitar las banderas de la resistencia, comenzó a intensificar el disparo de cohetes desde la Franja.

El 8 de julio de 2014, Israel lanzó la “Operación Margen Protector” por medio de ataques aéreos y navales, con el objetivo táctico de lesionar profundamente la capacidad militar de su oponente, crear una situación que impidiera confrontaciones esporádicas y obtener un largo período de calma. Por su parte, Hamás que luchó por su supervivencia, demostró que había mejorado sus capacidad militar desde la “Operación Pilar de Defensa” y su preparación para un enfrentamiento irregular y asimétrico de magnitud, lanzando más de 4,200 cohetes, con un mayor radio de acción que los utilizados en el pasado pues, entre otros lugares, alcanzaron a Tel Aviv, Jerusalén y el Aeropuerto Ben Gurion, sin causar daños mayores pero sí una grave conmoción en la población israelí, que apoyó masivamente las acciones militares. Las IDF sostienen que 735 cohetes fueron interceptados por el sistema de defensa “Cúpula de Hierro”, lo cual indicaría una gran efectividad, pero a un alto costo económico.

El 17 de julio comenzó la operación terrestre israelí que duró cincuenta días, en cuyo transcurso las IDF constataron la importancia de una red intrincada de túneles muy sofisticados hacia su propio territorio (más de treinta), cuya destrucción se convirtió en una prioridad militar, pues estaban preparados para una ofensiva que habría tenido lugar coincidiendo con Rosh Hashanah (24 de septiembre). A consecuencia de la acción israelí (durante la cual se atacaron más de 5.200 blancos), según las autoridades locales murieron más de 2.200 palestinos, —en un 50-60 % civiles, circunstancia que varía según las fuentes que se utilicen—, provocando alrededor de 9500 heridos y miles de edificios destruidos o seriamente dañados. Por otro lado, 64 soldados israelíes y 3 civiles fueron víctimas de la acción de Hamás, en una proporción mayor que en los casos anteriores. Tratándose de un conflicto asimétrico contra combatientes que se ocultan en zonas altamente pobladas y operan desde ellas sin evacuar a la población, aun con los requisitos de empañamiento más rigurosos es muy difícil evitar daños colaterales, lo cual dio lugar a que Hamás utiliza-

ra las terribles imágenes de los civiles muertos para motorizar los sentimientos de la opinión pública, buscando consolidar el apoyo popular de los gazatíes a su acción contra Israel.

Gaza está en ruinas (algunos barrios parecen afectados por un terremoto), y existe una crisis humanitaria. La población de la Franja (un 50 % tiene menos de 18 años y el 70 % son mujeres y niños) fue utilizada como un escudo protector de sus acciones de disparos indiscriminados con cohetes, cada vez de un alcance mayor. Otro factor a destacar es que la opinión pública internacional, especialmente en Medio Oriente, Europa y en otras regiones, dio muestras de considerar las acciones israelíes como punitorias, no defensivas y desproporcionadas, y como un ejercicio de la fuerza para controlar a un territorio y a una población étnicamente diversa.

Las alternativas de Israel para concluir su acción fueron dos: terminar unilateralmente su actividad militar, como lo hizo en el año 2009 con la “Operación Plomo Fundido”, o aceptar un acuerdo negociado, como fue el caso en el año 2012 de la “Operación Pilar de Defensa”. Varias treguas humanitarias gestionadas por el secretario de Estado John Kerry y por el Secretario General de Naciones Unidas, Ban Ki-moon, fracasaron rápidamente. Tanto los Estados Unidos como Egipto presentaron propuestas sobre un alto el fuego. La primera de ellas, fue criticada por Israel por su pragmatismo y por tener en cuenta los puntos de vista de Hamás, que le fueron transmitidos por Turquía y Catar, debido a la falta de contactos directos de Estados Unidos.

Este desarrollo demostró el desgaste de las relaciones de Israel con Washington, luego de las desinteligencias que se hicieron evidentes ante el fracaso del proceso de paz, pero que se retrotraen a cinco años atrás, cuando Obama y Netanyahu fueron elegidos como líderes de sus respectivos países. Son consecuencia de distintos puntos de vista con relación a temas como los asentamientos en los territorios ocupados, Irán y la “Primavera Árabe”. También manifiestan la preocupación israelí de que los Estados

Unidos disminuyan su interés en la región. Un hecho destacable es el lenguaje sumamente crítico utilizado por los representantes de ambos Gobiernos respecto del otro, a pesar de que desde el comienzo del conflicto Washington tomó una posición clara e inequívoca a favor del derecho legítimo de Israel a defenderse de los ataques de Hamás y que ningún país podía tolerar el lanzamiento de cohetes contra su población. Estos sucesos deben interpretarse teniendo en cuenta su contexto general, conforme con el cual Estados Unidos sigue siendo el principal aliado de Israel, su mayor socio comercial y proveedor de asistencia militar (3.000 millones de dólares anuales) y de armamentos sofisticados. Prueba de ello, es que los siguió suministrando durante el enfrentamiento y el Congreso norteamericano autorizó un aumento en 250 millones de dólares en su participación en la financiación del sistema “Cúpula de Hierro”.

Finalmente, el día 4 de agosto Israel comenzó a retirar sus tropas a posiciones defensivas en su territorio. Al día siguiente Egipto, que volvió a recuperar su papel en la gestión entre las Partes, presentó propuestas de un cese del fuego, pero recién el 26 de agosto se pudo alcanzar un acuerdo transitorio. Como resultado del mismo, la situación estratégica no cambió pues Hamás no consiguió sus objetivos, que consistían en la apertura de los pasos fronterizos y la construcción posterior de un puerto y un aeropuerto, quedando en claro que cualquier acuerdo futuro va a depender del regreso a Gaza de la ANP, mientras que en la contienda perdió a dirigentes y tropas, armas e infraestructura.

La manera de resolver el conflicto entre israelíes y palestinos no es la vía militar, a pesar de que Israel y Hamás sostengan su victoria en el reciente enfrentamiento armado. Por ello, sería razonable utilizar sus consecuencias dramáticas para dejar de lado el estatus quo, pues mantendría una situación de violencia que se repetirá en el futuro, podría dar lugar a una tercer intifada y tiene efectos en la estabilidad de la región.

Teniendo en cuenta que el bloqueo no impidió a Hamás desarrollar su potencial militar, ni la construcción de decenas de túneles, debería implementarse un nuevo sistema de verificación fronteriza y un control efectivo de la utilización de los materiales que ingresan en la Franja. En ese sentido, el “Acuerdo de Acceso y Movimiento” facultó en su momento a la ANP a controlar el movimiento a través del cruce de Rafah, bajo la supervisión de inspectores de la UE, pero dejó de aplicarse debido a ataques terroristas de Hamás. Ahora, el acuerdo transitorio del 26 de agosto prevé restablecer este esquema, que podría ser reforzado mediante una presencia militar internacional en Gaza para controlar el territorio (por ejemplo, soldados de los países árabes y de la UE), que podrían actuar con un mandato del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, que debería comprender el desmantelamiento de la infraestructura de terror que existe allí. El levantamiento gradual del bloqueo, no debe dar a Hamás la posibilidad de rearmarse. A su vez, la desmilitarización de la Franja tendría por objeto dar seguridades a Israel de que su población no vuelva a ser objeto de ataques indiscriminados. El desarme debe ser acompañado con un programa de reconstrucción a cargo de la Liga Árabe y otras organizaciones internacionales.

Finalmente, cabe destacar que los acontecimientos regionales modificaron profundamente la situación estratégica de Israel y Gaza. Egipto, no obstante su posición crítica con relación a la Hermandad Musulmana, se desempeñó como mediador debido a algunos intereses comunes con Israel y a su conexión geográfica con Gaza a través del cruce de Rafah, que le otorgan una prioridad en la implementación de los acuerdos que se logren. Por su parte, los Gobiernos de Arabia Saudita, los Emiratos Árabes Unidos y Jordania han sido muy prudentes en sus manifestaciones con relación al conflicto, comparadas con incidentes anteriores, debido a que consideran a Hamás como un movimiento fundamentalista y una amenaza, junto a Irán y la Hermandad Musulmana. Es de-

cir, que la preocupación que les genera el Islam político, supera sus cuestionamientos al Gobierno de Netanyahu, a pesar de la destrucción en Gaza y la crisis humanitaria, mientras apoyaron las gestiones de Egipto para lograr un alto el fuego. Por su parte, Irán renovó su solidaridad con Hamás después de dos años de enfriamiento de sus relaciones, como también lo hizo el Hezbollah desde El Líbano, pero las guerras civiles en Siria e Irak tienen hoy para ellos una prioridad mayor. Por otra parte, estos acontecimientos contribuyeron al aumento de las tensiones entre Turquía e Israel, mientras que los vínculos y la ayuda financiera de Catar a Hamás, aumentaron las críticas a sus políticas por parte de otros países del Golfo.

Mientras tanto, en Jerusalén, la tensión sobre los Lugares Sagrados subraya las dificultades para avanzar en el proceso de paz entre israelíes y palestinos, debido a que los ataques violentos en la ciudad demuestran el carácter más religioso del conflicto, donde el Monte del Templo es considerado un lugar de veneración por ambas partes. En este contexto, la propuesta del Gobierno al Parlamento israelí de una Ley Básica definiendo a Israel como el Estado nación del Pueblo Judío, es criticada por ser innecesaria y dar preferencia a la identidad judía sobre el carácter democrático de Israel, poniendo en peligro los derechos de las minorías árabes, además de afectar las relaciones con los judíos de la diáspora y con los aliados de Israel.

Este tema fue uno de los que el 2 de diciembre (sumado a otros presupuestarios y a la política de asentamientos) dio lugar a que el primer ministro Benjamín Netanyahu despidiera al ministro de Finanzas, Yair Lapid (partido Yash Atid) y al ministro de Justicia, Tzipi Livni, (partido Hatnuah), ambos de tendencia moderada y que no obstante integrar la coalición gubernamental fueron muy críticos de Netanyahu. También pidió la disolución de la Knesset y el llamado a nuevas elecciones parlamentarias, que tendrán lugar el 17 de marzo de 2015.

